

HISTORIAS EJEMPLARES DEL CORÁN Y LA SUNNA

**EL RELATO CORÁNICO DE
LUQMÂN Y SU HIJO
(versión PDF)**

VICENTE M. MOTA

COLECCIÓN LA SENDA DEL CONOCIMIENTO

El presente archivo puede difundirse, imprimirse y publicarse siempre que se haga mención del autor y no se altere su contenido. Queda prohibido su utilización para fines lucrativos.

LUQMÂN Y SU HIJO

EL RELATO

﴿ Dimos a Luqmân la sapiencia [y le ordenamos]: «¡Sé agradecido con Allâh! Quien es agradecido lo es, en realidad, en provecho propio; y quien es desagradecido... Allâh se basta a Sí mismo, es digno de alabanza». * [Recuerda] cuando Luqmân se dirigió a su hijo exhortándole: «¡Hijo mío! No asocies nada a Allâh, pues la asociación es una grandísima injusticia». * Hemos ordenado a la persona [el excelente trato] a sus padres. Su madre le llevó sufriendo, debilidad tras debilidad, y le destetó a los dos años. Sé agradecido conmigo y con tus padres, pues el retorno os llevará a Mí. * Pero si te insisten en que Me asocies aquello de lo que no tienes conocimiento, no les obedezcas. En esta vida pórtate amablemente con ellos y toma la senda de quien retorna a Mí. Luego, volveréis a Mí y ya os informaré de lo que hacíais. [Dijo Luqmân] «¡Hijo mío! Aunque se trate de algo del peso de un grano de mostaza y esté escondido en una roca, en los cielos o en la Tierra, Allâh lo traerá; pues, ciertamente, Allâh es sutil, está bien informado. ¡Hijo mío! Haz la zalá, ordena lo que está bien y prohíbe lo que está mal, y ten paciencia ante la adversidad. [Realizar estas cosas] requiere una gran determinación. * No te muestres altivo con la gente ni pises la tierra con insolencia, pues, ciertamente, Allâh no ama a nadie que sea presumido, jactancioso. Sé modesto en tus andares. Habla en voz baja, pues la voz más desagradable es, sin duda, la del asno». ﴾

FUENTE DEL RELATO

El Sagrado Corán, sura 31 “Luqmân”: 12 – 19.

LECCIONES Y PROVECHOS

Hay diversas opiniones sobre quién podría haber sido esta persona que el Corán nos relata. Se dice que Luqmân fue del pueblo de Nubia. Otros dicen que fue un juez israelita contemporáneo al rey David – la paz sea con él. Otros afirman que era un esclavo carpintero que, a posteriori, fue liberado. Otros comentan que fue un comerciante o un sastre. Algunos ulemas apuntan a que Luqmân fue un profeta. La prueba con la que sostienen esta opinión se encuentra en la primera aleya en la que Allâh dice: ﴿ Dimos a Luqmân la sapiencia ﴾. Según arguyen estos sabios, el término (*hikmah*) (حِكْمَةٌ) –que nosotros traducimos como “sapiencia”–, también es citado en otras aleyas en las que Allâh nos menciona cómo otorgó el profetismo (*nubuwwah*) (نُبُوَّةٌ) a algunos de Sus siervos, como, por ejemplo, al rey David: ﴿ Allâh le otorgó el Reino (*mulk*) (مُلْكٌ) y la sapiencia, y le enseñó todo cuanto Él quiso ﴾¹. Sin embargo, no hay ninguna evidencia que certifique que Luqmân fuese un profeta. Entre otras cosas, porque lo que se nos cuenta de él no tiene ninguna relación con una tarea profética ni se hace mención alguna a que hubiese sido enviado a su pueblo para advertirles o hacerles llegar el mensaje de Allâh. Por otro lado, afirmar que Luqmân fue un profeta en base a que recibió la sapiencia por parte de Allâh no sirve como argumento, ya que Allâh puede otorgársela a quién Él quiera, ya sea un profeta o cualquier otro de Sus siervos: ﴿ [Allâh] concede la sapiencia (*hikmah*) (حِكْمَةٌ) a quien Él quiere. Y, a quien se le conceda la sapiencia, se le habrá otorgado un gran bien ﴾². Percatémonos,

¹ Sura 2 “La vaca”: 251.

² Ibid. 269.

además, que esta aleya fue revelada cuando ya fue enviado el último de los profetas, Mujámmad –la paz y las bendiciones sean con él. Por lo tanto, la forma en la que Allâh expresa este principio da a entender que no se trata de una cuestión pasada, sino que es un don que Él puede conceder a quien desee en cualquier momento. Lo que la mayoría de los sabios sostienen, es que Luqmân fue un siervo piadoso que fue agraciado con la sapiencia. Analicemos, pues, este relato del Sagrado Corán en el que se nos muestra el diálogo que Luqmân mantuvo con su hijo para transmitirle los principios más básicos y fundamentales del *din*.

➤ EL USO DE LA SAPIENCIA EN LA EDUCACIÓN DE LOS NIÑOS EN EL SENO DE LA COMUNIDAD MUSULMANA

La sapiencia es un término que aparece tanto en el Sagrado Corán –concretamente veinticuatro veces– y en la *sunna* de nuestro amado profeta Mujámmad. Aunque se han aportado diferentes definiciones a este término, el concepto “sapiencia” suele ser utilizado cuando se hace referencia al entendimiento y la comprensión del *din*. En este sentido, el imam Ibnu Kazîr³, al explicar la siguiente aleya: ﴿ Y [el Profeta] les enseña la Escritura y la sapiencia ﴾⁴, comenta: «Con la Escritura, Allâh se refiere al Corán; y con la sapiencia, a la *sunna*. Ésta, es la opinión de Qatâdah, Ibnu Hiyân, 'Abû Mâlik y otros. También se ha dicho que [la sapiencia] significa la comprensión en el *din*».

³ Se trata del imam 'Imâduddîn 'Ismâ'il Ibn 'Umar Ibn Kazîr. Fue un gran exegeta, sabio de las ciencias del jadiz y alfaquí. Nació en el año 701 H. – 1302 d.C. y murió en el año 774 H. – 1373 d.C. Es conocido popularmente por su exégesis del Sagrado Corán.

⁴ Sura 2 “La vaca”: 129.

En lo relativo a la sapiencia, en ocasiones, se suele citar el siguiente jadiz: «El creyente siempre debe buscar la sapiencia»⁵. Sin embargo, este jadiz es débil en su cadena de transmisión. A pesar de ello, su significado es correcto, pues la sapiencia debe ser la brújula que el musulmán debe utilizar y seguir en todo momento, no sólo porque es de un valor incalculable sino, también, por ser una dádiva que Allâh concede a pocas personas.

Allâh –ensalzado sea– da la sapiencia a quien le place, del mismo modo que favorece a otras personas –con Su justa medida– con hacienda, hijos, salud y conocimiento: { Si Allâh dispensara el sustento a Sus siervos con largueza, se insolentarían en la tierra. Lo que hace, empero, es concederles con mesura lo que quiere. Él, respecto a Sus siervos, está muy bien informado y es Omnividente }⁶. Como acabamos de citar, el uso del término sapiencia, en la mayoría de las ocasiones, se encuadra en el marco semántico de la correcta comprensión del Islam.

Comprender el *din*, además, es un don que Allâh concede a algunos de Sus siervos. Así nos lo explicó claramente el profeta Mujámmad cuando nos habló del gran valor que supone entender el Islam correctamente: «Si Allâh quiere el bien para alguna persona, le hace comprender el *din*»⁷. De este jadiz se desprenden multitud de enseñanzas. Pero, en este contexto, hay tres puntos que quisiéramos recalcar:

- Comprender el *din* no es algo que se obtenga a través de un ejercicio racional, sino que es Allâh el que dispensa este don a quién Él quiere de entre Sus criaturas; del mismo modo que Él da la fe a quien le place y se la niega a quien quiere: { A

⁵ Transmitido por Attirmidîy y otros eruditos del jadiz.

⁶ Sura 42 “La consulta”: 27.

⁷ Transmitido por ’Ahmad, Attirmidîy y otros eruditos del jadiz.

quienes se les ha concedido el conocimiento y la fe dirán: «Habéis permanecido el tiempo previsto en la Escritura de Allâh: hasta el día la Resurrección. He aquí, hoy, el día de la Resurrección, pero no sabíais...» }⁸.

- No todo el mundo entiende el *din*. La prueba de ello –tal y como indica el jadiz que acabamos de citar– es que Allâh, si quiere un bien para algún creyente, le otorga comprensión en el *din*. Por lo tanto, debemos saber discriminar bien entre las cosas y, saber, que una cosa es la información que uno pueda tener acerca del Islam y, otra cosa bien distinta, entender correctamente aquello que ha aprendido sobre el Islam.

- La comprensión del *din* es un bien de un valor incalculable. Cuando un creyente no tiene entendimiento en el *din* o aquel que le transmite el Islam tampoco lo ostenta, no sólo su práctica del *din* puede serle incomprensible e incoherente, sino que, en muchas ocasiones, puede abocarle a realizar asuntos que no son de la complacencia de su Señor y pueden llegar a ser, incluso, contrarios a los principios más básicos del Islam; aunque, aparentemente, vistan los ropajes de una aparente conformidad jurídica.

La sapiencia que Allâh otorgó a Luqmân, según mi parecer, vendría representada en los siguientes dos puntos:

- Su entendimiento y comprensión del *din*
- y su destreza a la hora de transmitir un conocimiento trascendente a un niño; en este caso, su hijo.

La enseñanza es un arte y un oficio del que se ha escrito mucho, sobre todo en cuanto a las diferentes metodologías que

⁸ Sura 30 “Los bizantinos”: 56.

han sido elaboradas con el fin de encontrar aquella herramienta que pueda aportar a los niños la mejor de las formaciones. Pienso, que el mayor problema al que se enfrentan hoy quienes teorizan sobre la enseñanza y sus diferentes metodologías no es la educación en sí misma, sino el sentido del paradigma del ser humano. Es decir ¿qué representa para la sociedad el proyecto humano encarnado en cada niño? Toda planificación educativa responde a una ideología, en este caso, la del legislador. Bajo los parámetros de nuestras sociedades actuales, se plantea la siguiente pregunta: ¿qué conocimiento útil queremos que aprendan nuestros hijos? Cuando, lo correcto, sería preguntarse: ¿qué queremos que sean nuestros niños? No cabe duda, que el sistema económico imperante a nivel global condiciona muchas de las líneas que se trazan a la hora de establecer los planes de enseñanza; incluso desde edades muy tempranas. Ahora bien, a nosotros, como musulmanes, lo que verdaderamente nos debe importar es la formación islámica de nuestros niños y niñas. Si realizamos un análisis sincero y real respecto al nivel educacional de nuestros jóvenes en cuanto a Islam se refiere, nos daremos cuenta que la metodología que desde hace mucho tiempo se ha estado utilizando –si es que alguna vez hubo alguna–, ha sido un fracaso en muchos aspectos. Dejemos bien claro que no nos referimos únicamente al hecho de la transmisión a los niños de ciertos datos limitados de contenido islámico –pues eso es una parte de la enseñanza, pero no el todo–, sino a una verdadera educación islámica en valores y principios éticos, morales y espirituales.

A continuación, quisiera analizar dos aspectos por los que se han caracterizado los métodos que, en términos generales, se han utilizado estos últimos años para enseñar el Islam a nuestros niños. Concretamente, debemos poner dos puntos

sobre el tapete para tenerlos en cuenta y afrontarlos imperiosamente: la lengua autóctona y la comprensión del *din*.

La lengua que los niños y las niñas musulmanes dominan en nuestro país es el español. Y, aunque la mayoría de nuestros niños hayan nacido y crecido en el seno de una familia de origen árabe, la mayoría de ellos no comprende el árabe clásico en el que fue revelado el Sagrado Corán y con el que, habitualmente, se enseña el Islam en las mezquitas u otros centros islámicos. Desgraciadamente, en muchas comunidades musulmanas, la enseñanza del árabe es más un elemento cultural e identitario a preservar por parte de los propios progenitores migrantes de los menores, que como la lengua que puede ayudarles a profundizar y comprender el *din* del Islam.

El uso del castellano –o cualquier otra lengua oficial del Estado español– es fundamental, pues los niños, más que nadie, necesitan comprender el mensaje del Islam con la lengua con la que se han desarrollado como personas. No olvidemos, además, el papel fundamental que ostenta la lengua que una persona domina como medio vehicular para poder recibir y entender los significados y sentimientos más profundos que el ser humano experimenta en su espíritu. Sin embargo, la tozudez de una mayoría de musulmanes árabes en seguir queriendo utilizar la lengua árabe clásica (*al‘arabîyatulfushà*) (العَرَبِيَّةُ الْفُصْحَى) a todos los niveles, está haciendo un flaco favor a una parte importante de las generaciones presentes, pero, sin duda, quien más sufrirá esta sinrazón, son los niños y los jóvenes que, en el futuro, serán los representantes del Islam y sus directos herederos. Ello, sin duda alguna, es un sinsentido que, por desgracia, ya hace tiempo comenzó a generar graves consecuencias. ¿Acaso nadie se ha dado cuenta aún, que dado el poco o el nulo acceso que los jóvenes tienen al conocimiento real del *din* en las mezquitas, éstos se han visto abocados a tener que tomarlo en las redes sociales –por ejemplo–, con el peligro

que ello supone? Y ¿por qué se han visto obligados a ello? Pues, simplemente, porque no hay una alternativa real y sincera que los mayores que dirigen los centros islámicos estén ofreciendo a la juventud y a la infancia musulmanas. Éste, sin duda, es uno de los mayores retos que tenemos que afrontar de manera acuciante dentro de nuestra comunidad; pues, de lo contrario, seguiremos siendo testigos de las indeseables consecuencias que ello supondrá para el futuro de todos nosotros, pues aquello que afecta a una parte, afecta al todo.

Además, si nos fijamos en otras comunidades de musulmanes europeos en las que el Islam está mucho más arraigado, vemos cómo el uso del árabe en los centros islámicos –así como otros factores– ha generado en algunos lugares y con el paso del tiempo, el surgimiento de mezquitas de carácter étnico, como mezquitas árabes, mezquitas turcas, mezquitas subsaharianas, mezquitas paquistaníes... Este fenómeno sin duda, es aborrecible, pues la fraternidad entre musulmanes debe estar por encima de sus identidades culturales y lingüísticas. Sin embargo, debido a la insensibilidad, la falta de miras, la soberbia de muchos dirigentes y, sobre todo, la no comprensión real y práctica del concepto de la fraternidad en el Islam, provoca que, todavía, en muchas mezquitas europeas se siga utilizando el árabe clásico como lengua vehicular, tanto para la *jutba* de los viernes como para las clases, las charlas y las conferencias que se imparten. Pocas mezquitas son las que utilizan las lenguas autóctonas en todas sus actividades.

El otro factor, como hemos comentado, es el del entendimiento y la comprensión del *din* del Islam. El Sagrado Corán es la Palabra de Allâh (*kalâmulloh*) (كَلَامُ اللَّهِ) revelada al profeta Mujámmad. El Corán representa el milagro eterno y por antonomasia con el que fue agraciada la comunidad

musulmana. Y, por ello, nuestro amado profeta Mujámmad –la paz y las bendiciones sean con él– dijo: «El mejor de vosotros es quien aprende el Corán y, después, lo enseña»⁹. Desgraciadamente, son muchos los musulmanes que entienden un significado limitado de este *jadiz*, pues restringen el aprendizaje y la enseñanza del Corán a la recitación y a la memorización; cuando, en realidad, su sentido es muchísimo más amplio. Este *jadiz* nos quiere transmitir que el mejor musulmán es aquel que aprende el Sagrado Corán en todas sus dimensiones y, después, lo enseña. O ¿es que, acaso, el profeta Mujámmad sólo enseñó la recitación y la memorización del Corán? ¿Acaso su *sunna*, en lo referente al Corán, se limita únicamente a la lectura? No, para nada. Su ejemplo reside, explícitamente, en su modelo a seguir, pues fue Él quien nos enseñó a recitarlo, a memorizarlo, a meditar en él y, sobre todo, a llevarlo a la práctica. Ésa es, pues, la *sunna* respecto al aprendizaje del Corán.

Limitar la educación islámica a la memorización de la Palabra de Allâh sin que los niños sepan prácticamente nada del Islam, es un método realmente infructuoso. Además, estamos contraviniendo el método y la forma que los propios Compañeros (*sahâbah*) (صَحَابَة) aplicaron en su día cuando aprendieron el Sagrado Corán. Fíjate bien en lo que nos cuenta un Seguidor (*tâbi'îy*) (تَابِعِي), Alqâsim Ibnu 'Auf, respecto a cómo aprendían el Corán: escuché a 'Abdullâh Ibnu 'Umar¹⁰ – que Allâh esté complacido con él– decir: «Vivimos un tiempo de nuestra vida en el que se nos daba la fe antes que el Corán, cuando las suras eran reveladas al profeta Mujámmad –la paz y las bendiciones sean con él– y se aprendía lo lícito y lo ilícito,

⁹ Transmitido por Albujárîy y otros eruditos del *jadiz*.

¹⁰ Se trata de 'Abdullâh, hijo de 'Umar Ibnuljattâb. Fue uno de los Compañeros del profeta Mujámmad y uno de los grandes sabios de esta primera generación.

las órdenes imperativas y las órdenes restrictivas, y aquello de lo que el musulmán debe abstenerse¹¹. Hoy, sin embargo, veo a gente que recibe el Corán antes que la fe, que lo lee del principio al final¹² y, sin embargo, no conoce lo lícito y lo ilícito, ni se detiene en aquello que debe detenerse; recitando el Corán muy rápidamente»¹³. Es decir, Ibn ‘Umar nos informa que antes, cuando el Corán era revelado, los Compañeros recibían la revelación del Corán poco a poco y, cuando aprendían las aleyas, no sólo las memorizaban, sino que, sobre todo, aprendían todo lo que las mismas comprendían, es decir, lo relacionado con la jurisprudencia y aquello que el musulmán debía aprender respecto a la creencia de su *din*. Sin embargo, tras la muerte del Profeta, bastantes personas que no habían vivido la revelación en primera persona, sólo se preocupaban por la recitación, sin conocer lo que, realmente, les estaba transmitiendo Allâh en cada una de las aleyas que memorizaban. Y cuenta ‘Abdullâh Ibnulhabîb, uno de los Seguidores, lo siguiente: «Aquellos que nos enseñaban el Corán nos contaban que ellos, cuando aprendían diez aleyas transmitidas por el Profeta –la paz y las bendiciones sean con él–, no pasaban a otras diez hasta que no aprendían [el contenido] de las aleyas. Y, así, fue cómo aprendimos, a la vez, el Corán, el conocimiento y la práctica».

Es pues ahora y más que nunca, cuando debemos echar mano de la sapiencia para elaborar una metodología educativa islámica que sea útil y fructífera para nuestros hijos. Personalmente, pienso que cualquier método que quiera

¹¹ Es decir, creer en las aleyas ambiguas (*mutasâbihât*) (مُتَشَابِهَات) sin entrar a discutir sobre sus significados.

¹² Literalmente «desde la sura *alfâtiḥah* (الْفَاتِحَة) hasta la última».

¹³ Jadiz transmitido por Alḥâkim en su libro (*almustadrak*) (المُسْتَدْرَك) y dijo: “es correcto bajo las condiciones de Albujârîy y Muslim”.

elaborarse, requiere la presencia fundamental de los siguientes pilares:

- Una educación espiritual que estimule y desarrolle la dimensión trascendente del musulmán. De lo contrario, el *din* supondrá, en muchos aspectos, algo vacío e insustancial, ya que la esencia de la relación entre el creyente y su Señor es puramente espiritual y es lo que realmente la vivifica.

- La correcta comprensión de los principios y las enseñanzas fundamentales del Islam. Para ello, se precisa de un desarrollo pormenorizado y una aproximación, a través de un lenguaje sencillo y accesible, a la teleología islámica¹⁴, es decir, de la disciplina que estudia los fines y objetivos del *din* del Islam.

- Un estudio amplio de las diferentes ciencias y disciplinas islámicas de fuentes acreditadas de la ortodoxia islámica, es decir, la de la Comunidad de la *sunna* (*'ahlussunnah*) (أهل السنة). (السنة).

Cualquier metodología que no se asiente de un modo global y unísono sobre estos tres pilares, pocas posibilidades tendrá de tener éxito en la educación de nuestros hijos y, por consiguiente, serán ellos quienes paguen nuestras carencias e incapacidades.

¹⁴ La teleología de la jurisprudencia (*maqâsidu'shari'ah*) (مَقَاصِدُ الشَّرِيعَةِ) es la ciencia islámica que estudia los fines y los objetivos que Allâh ha establecido en cada uno de los preceptos y leyes de Su legislación, tanto a nivel particular como general.

➤ LOS PADRES DEBEN ENCARGARSE DE LA EDUCACIÓN ESPIRITUAL DE SUS HIJOS

Otra de las enseñanzas que el presente relato de Luqmân nos ofrece, es que los padres somos quienes debemos responsabilizarnos de la educación islámica de nuestros hijos. Es cierto que, debido a nuestra falta de formación, puede que nos sintamos incapaces de enseñar debidamente el Islam. No cabe duda que, en ciertos aspectos y momentos, siempre debemos apoyarnos en instituciones islámicas y personas formadas en el *din* para esta tarea, pues nos aportarán una ayuda imprescindible en la educación de nuestros hijos. Sin embargo, cuando hablamos de educación espiritual, el rol de los padres es fundamental, pues el lazo humano y sentimental que nos une con ellos es singular e intransferible. Por lo tanto y, desde esta dimensión, nadie puede suplir nuestro lugar.

Una de las cosas más importantes que se nos transmite en estas aleyas, es la manera tan sencilla –pero efectiva– con la que Luqmân transmite a su hijo los principios del *din*. A pesar de tratarse de enseñanzas inmensas y valiosísimas –y que más adelante detallaremos–, el modo en que Luqmân lo hace es simple y asequible, pues sabe que se está dirigiendo a un niño y no a un adulto. La esencia primigenia (*fitrah*) que Allâh ha depositado en cada uno de nosotros, es la que facilita que dicha adquisición sea más sencilla, pues nunca va contra nuestro razonar espiritual. Por lo tanto, cualquier niño, independientemente de su edad, es capaz de asimilar dichas enseñanzas con total naturalidad.

Fijémonos, además, en una sutileza con la que comienza el diálogo entre Luqmân y su hijo. Nos referimos, concretamente, a la expresión que el padre utiliza para dirigirse a él, diciéndole: (*yâ bunaiy*). Esta expresión, es un diminutivo del término “hijo”, y podría traducirse como “¡Hijito mío!”.

Date cuenta que, realmente, más que una clase teórica, lo que hizo Luqmân fue establecer un diálogo paterno-filial para trasladar a su hijo asuntos relacionados con el *din*. Antes de comenzar a hablar con su hijo, Luqmân se dirigió a él tiernamente para que, así, el muchacho sintiese la cercanía humana de su padre, pues, aunque se disponía a enseñarle asuntos muy relevantes, no olvidó dos cosas: que tenía frente a él a un niño; y, segundo, que este niño era su hijo.

Cuando nos dispongamos a enseñar el Islam a nuestros hijos, debemos hacerlo con corazón y sentimiento, y no únicamente desde una perspectiva racional. No hay que confundir la suntuosidad del contenido de las enseñanzas, con las formas con las que podemos hacerlas llegar a los demás. Una cosa es que hagamos comprender a los niños el debido respeto que se debe mostrar por todo lo relacionado al conocimiento del *din* y, otra, excederse en los modos, pensando, así, que nuestros hijos tendrán más consideración por el Islam. Si somos severos y duros en las formas, no sólo no empatizaremos con nuestros hijos, sino que, además, infundiremos en ellos más miedo y temor que respeto y amor. Otra cosa es que, con buenos modos, les hagamos comprender la debida deferencia que deben mostrar a todo lo relacionado con el *din*. Para ello, somos nosotros los primeros que debemos mostrar, con el ejemplo, respeto y consideración para con los asuntos del Islam, pues: ﴿ Aquel que magnifica los ritos de Allâh, ello, es una prueba de la guardia de los corazones ﴾¹⁵. Si, por otro lado, el contenido que les hacemos llegar a nuestros hijos se caracteriza por ser débil, tener poco fundamento o, incluso, incorrecto, los niños acabarán desechándolo, pues, con el tiempo, se darán cuenta de su poca valía como para ser

¹⁵ Sura 22 “La peregrinación”: 32.

utilizado como guía en su día a día como creyentes y como personas.

Los corazones deben estar conectados, tanto el del emisor como el del receptor. Si el mensaje no mana de nuestro corazón y no va dirigido al corazón de quien nos escucha, entonces, ten por seguro de que se perderá. Éste, es un asunto al que muy pocas veces –por no decir ninguna– prestamos atención. Nos limitamos, en muchas ocasiones, a realizar una mera exposición teórica de las cosas, incluso de asuntos que, realmente, son trascendentes en la vida del creyente. ¿Acaso se puede pensar que fue en balde el hecho de que Allâh revelase el Corán al corazón del profeta Mujámmad? Escucha y medita lo que dice el Altísimo: ﴿ [Allâh lo ha hecho descender [gradualmente] (el Corán) a tu corazón (Mujámmad) –con el permiso de Allâh–, en confirmación de los mensajes anteriores, y como guía y albricias para los creyentes ﴾¹⁶. Cuando hablamos del corazón, nos referimos a aquella esencia que no percibe a través de los sentidos, sino a través del espíritu y que, tal y como nos enseña el Sagrado Corán, es el receptáculo capaz de albergar la fe y la luz que Allâh concede a quien Él quiere de entre Sus criaturas. Por lo tanto, quien no siente el ardor de estos dones espirituales en su corazón, es prueba de que su corazón está desactivado y, consecuentemente, no podrá percibir ni saborear la esencia del mensaje, pues, tal y como dice nuestro Señor: ﴿ Ciertamente, no son los ojos los que no ven, sino los corazones que están en los pechos ﴾¹⁷. Así pues, pongamos corazón –nunca mejor dicho– a nuestras enseñanzas para que, así, lleguen al corazón de nuestros hijos y se enraícen en él. Después, debemos regarlas con el amor a Allâh y Su Profeta para que vayan creciendo y den los frutos esperados.

¹⁶ Sura 2 “La vaca”: 97.

¹⁷ Sura 22 “La peregrinación”: 46.

➤ EL PORQUÉ DE LAS COSAS

En la exposición que realiza Luqmân a su hijo sobre principios y consejos en la práctica del *din*, hay un punto fundamental que no debemos pasar por alto. Se trata de otro aspecto relacionado con el método educativo utilizado por Luqmân. Démonos cuenta, que cada enseñanza que Luqmân transmite a su hijo, va acompañada de un argumento lógico y racional con el que intenta explicarle el porqué de cada sentencia. Este aspecto es verdaderamente sustancial, pues nos muestra una pauta metodológica que, por desgracia, no solemos tener presente cuando enseñamos el *din* a los niños. En la mayoría de las ocasiones, en vez de aportarles una explicación racional y espiritual sobre las cosas que les instruimos, nos limitamos a decirles: “¡Esto es *harâm!*”, “Esto no se puede hacer”, o “Esto es así, y no hay discusión que valga”, como si de meras directrices militares se tratase y sin hacer ningún apunte sobre el porqué de las cosas que decimos o hacemos. Esta actitud, sin duda, pone en evidencia nuestra total ignorancia respecto al discurso coránico.

El Islam nos enseña que todas las leyes y normas que Allâh ha establecido en Su legislación tienen un porqué. Por ello, si tuviésemos un conocimiento básico y general de la teleología islámica (*maqâsidu'ssharî'ah*) (مَقَاصِدُ الشَّرِيعَةِ), el modo en que transmitimos el Islam a nuestros hijos sería muy diferente. Conocer el porqué de las cosas –no sólo en nuestro *din*, sino también en la vida– es sumamente importante, pues nos ayuda a entender mejor cada uno de nuestros actos y, sobre todo, representa una guía valiosísima a la que poder remitirse en momentos en los que no sabemos cómo actuar o cómo desenvolvemos conforme a lo que es de la complacencia de nuestro Señor.

Si hay algo por lo que se distingue el Sagrado Corán, la Palabra de Allâh, es que siempre aporta argumentos lógicos y racionales para todo cuanto expone, incluso en asuntos relacionados con la creencia y la fe. Fíjate cómo el Corán se dirige a aquellos que niegan la existencia del Altísimo y les recuerda que, antes de que llegasen a este mundo, no existían: ﴿ ¿Cómo podéis negar la existencia de Allâh siendo que os dio la vida cuando no existíais? Luego, os dará muerte, os resucitará y, después, seréis devueltos a Él ﴾¹⁸. Es decir ¿cómo podéis negar la existencia de Aquel que os dio la existencia y, después de daros la muerte, os devolverá la vida para que rindáis cuentas ante Él por vuestras obras? Y dice: ﴿ ¿Acaso no ve el ser humano que le hemos creado de una gota [de esperma] y, aun así, se muestra un porfiador declarado? * Nos propone una parábola y se olvida de su propia creación, cuando dice: «¿Quién dará vida a los huesos estando podridos?». * Di: «Les dará vida Quien los creó por primera vez» ﴾¹⁹. Es decir, Aquel que hizo surgir de la nada al ser humano y le otorgó un cuerpo es capaz de resucitarle y devolverle a su materia original.

Luqmân, con la peculiar sapiencia que le dispensó su Señor, nos enseñó cómo acompañar nuestras enseñanzas con argumentos lógicos, racionales y espirituales que las sostengan y les den su razón de ser. Veamos, pues, qué argumentos expuso Luqmân a su hijo cada vez que le transmitía una enseñanza.

- Cuando le dijo: «No asocies nada a Allâh», seguidamente, le explicó que asociar algo al Señor del universo es una inmensa injusticia, pues no existe otra divinidad fuera de Él; pues atribuir otro poder o potencia al Altísimo no sólo es un

¹⁸ Sura 2 “La vaca”: 28.

¹⁹ Sura 36 “yâ·sîn”: 77 – 79.

signo de ignorancia, sino, también, un gesto de tremenda ingratitud para con Él.

- Cuando le dijo: «Aunque se trate del peso de un grano de mostaza y esté escondido en una roca, en los cielos o en la Tierra, Allâh lo traerá», le estaba enseñando que nuestro Señor conoce muy bien cualquier cosa que podamos realizar, ya sea a escondidas o en el lugar más recóndito de la Tierra. Y, a continuación, le explicó que «Allâh es sutil, está bien informado», pues a Él —ensalzado sea— no se le escapa absolutamente nada de cuanto podamos hacer en esta vida y, el día del Juicio, lo sacará a la luz y, sobre todo, nos juzgará por ello.

- Cuando le aconsejó hacer la zalá, ordenar lo que está bien y prohibir lo que está mal, y mostrarse paciente ante las adversidades, le informó que la puesta en práctica de estos principios hace de él un ser realizado y le eleva a un estadio que pocas personas pueden alcanzar, pues se trata de los asuntos más resueltos que un ser humano puede llevar a cabo.

- Cuando le desaconsejó que no se mostrase jactancioso y que no marchara insolentemente a la hora de andar, le enseñó, a posteriori, que Allâh detesta y desprecia a quien ello hace, pues le dejará de lado y le alejará de Su amor y Su protección.

- Cuando le dijo que debía ser moderado en sus andares y que bajase la voz al hablar, le dio a conocer que el sonido más rechinante a los oídos de las personas es una voz alta y estridente, aquella que se asemeja a la que emite el asno al rebuznar.

Desgraciadamente, estamos muy lejos del modelo educativo de Luqmân. Si Allâh nos lo cita en Su Sagrada Escritura es porque su ejemplo, en sí mismo, es digno de ser recordado y, sobre todo, llevado a la práctica. Además, no debemos olvidar que esta forma de enseñar el *din* procede de la sapiencia que Allâh otorgó a Luqmân y, por consiguiente, ostenta las luces divinas.

➤ QUÉ ENSEÑANZAS TRANSMITE LUQMÂN A SU HIJO

El presente relato coránico que estamos analizando, nos habla sobre lo que Luqmân enseñó a su hijo haciendo uso de la sapiencia que su Señor le otorgó. Ello, en sí mismo, debería activar nuestra consciencia para meditar en ello, ya que se trata de saberes infundidos por Allâh en él. Por lo tanto, si Allâh nos informa en estas aleyas que otorgó a Luqmân la sapiencia (*hikmah*), entonces, no sólo debemos tener en cuenta las formas –tal y como acabamos de explicar–, sino, también, el contenido de las mismas.

Si estudiamos con detenimiento lo que Luqmân transmitió a su hijo, apreciaremos, claramente, cómo dichas enseñanzas se dividen en dos bloques esenciales. El primero hace mención explícita a nuestra relación con Allâh; y, el segundo, está enfocado al trato que debemos tener con las personas. No sólo es importante percatarse del contenido de las lecciones de Luqmân, sino, igualmente, del orden de las mismas. Veamos, pues, estas enseñanzas pormenorizadamente.

- Ser agradecido con Allâh

Lo primero que Luqmân transmitió a su hijo es que el creyente debe ser agradecido con su Señor. El Sagrado Corán

nos enseña que Allâh es el autosuficiente y que no necesita de nadie. Y aunque nos haya creado para que le sirvamos, ello ha sido establecido para el beneficio del ser humano y no para el Suyo: ﴿ Quien es agradecido, lo es, en realidad, en provecho propio; y quien es desagradecido... mi Señor se basta a Sí mismo, es Generoso ﴾²⁰. Además, el Corán nos muestra que adorar a Allâh implica serle agradecido: ﴿ Antes bien, sirve a Allâh y sé de los agradecidos ﴾²¹.

Sin embargo, el agradecimiento (*shukr*) (شُكْر) no consiste únicamente en reconocer de palabra todas las dádivas que Allâh nos ha concedido, sino también, en realizar aquello que Él nos ha exigido y alejarnos de aquello que nos ha vedado; es decir, cumplir con Sus normas, ya sean imperativas o restrictivas. Este principio, igualmente, comprende parte del dogma del Islam, pues cuando somos agradecidos con Allâh, reconocemos de manera directa que Él es el único dios existente y que todas las dádivas que disfrutamos en nuestra vida de son magníficas e inmensas proceden de Él.

- No asociar nada ni nadie a Allâh

El segundo punto que Luqmân enseñó a su hijo está relacionado con el principio por excelencia de la creencia islámica: la unicidad de Allâh. En este caso, Luqmân informó a su hijo de que no debía asociar absolutamente nada a su Señor, pues Él es el único dios verdadero y sólo a Él se le debe rendir culto sincero: ﴿ Allâh no perdona que se le asocie algo; pero, fuera de ello, perdona a quien Él quiere. Quien asocia a Allâh, está profundamente extraviado ﴾²². El Sagrado Corán, además, recalca la peligrosidad que supone para la persona

²⁰ Sura 27 “Las hormigas”: 40.

²¹ Sura 39 “Los grupos”: 66.

²² Sura 4 “Las mujeres”: 116.

asociar algo al Altísimo: { Quien asocia a Allâh otros dioses, es como si cayera del cielo: las aves se lo llevarán o el viento lo arrastrará a un lugar lejano }²³.

- La obediencia a Allâh

El muslim es aquel que, tras haber reconocido la Señoría de Allâh, le rinde pleitesía y se somete a Sus órdenes. Y aunque, en principio, el creyente sólo debe obedecer a su Señor, Allâh ha dispuesto una serie de obediencias derivadas a la que acabamos de mencionar, como, por ejemplo, la obediencia que los hijos deben mostrar a sus padres. El Sagrado Corán recoge el término “la excelencia” (*'ihsân*) (إِحْسَان) para referirse al trato que los hijos deben dispensar a sus progenitores y que, en sí mismo, es una de las acciones más virtuosas que el ser humano puede desempeñar: { Tu Señor decretó que no deberíais servir sino a Él y que trataréis excelentemente a vuestros padres. Si uno de ellos o ambos envejecen en tu casa, no les digas: “¡Uf!” ni trates con antipatía, más bien, sé cariñoso con ellos }²⁴.

Sin embargo, si alguno de nuestros padres, o ambos, nos incitasen a realizar algo ilícito o contrario a los principios del Islam, entonces, no tenemos que hacerles caso en este sentido; pero la obediencia que a ellos debemos seguirá siendo la misma.

- Allâh es Omnisciente y juzgará a la gente el día del Juicio

Una de las cosas que nuestro Señor hará el día del Levantamiento, es que informará a todos los seres humanos

²³ Sura 22 “La peregrinación”: 31.

²⁴ Sura 17 “El viaje nocturno”: 23.

sobre aquello que realizaron en este mundo y les tomará cuentas por ello: ﴿ Ciertamente, tu Señor remunerará las obras de todos sin falta. Él, sin duda, está bien informado de lo que hacen ﴾²⁵. Es por ello por lo que el Islam siempre nos insta a realizar buenas obras con las que presentarnos ante nuestro Creador, pues, conforme a ellas, Allâh nos designará un destino: bien al Jardín o bien al infierno.

Luqmân transmitió a su hijo que a Allâh –ensalzado sea– no se le escapa nada de cuanto ocurre o sucede en Su creación y, cualquier cosa que realice la persona, por muy pequeña que sea, Allâh lo sabe y lo tendrá en cuenta: ﴿ Él posee las llaves de lo oculto, sólo Él las conoce. Él sabe lo que hay en la tierra y en el mar. No cae una hoja sin que Él lo sepa. No hay grano en las tinieblas de la tierra, no hay nada verde, nada seco, que no esté en un registro claro ﴾²⁶. Por ello, todas nuestras obras, tanto las buenas como las malas, serán registradas y, el día que nos encontremos con Él, expondrá ante nosotros el Registro²⁷ (*kitâb*) (كِتَاب) para que nosotros mismos las leamos: ﴿ Hemos hecho que toda persona sea responsable de su propio destino y, el día del Levantamiento, le sacaremos un Registro que encontrará desenrollado: * «¡Lee tu Registro! Hoy te bastarás a ti mismos para ajustarte cuentas». ﴾²⁸.

Fijémonos bien en lo que Luqmân expuso a continuación, ya que recoge, de manera sucinta, los principios más básicos y esenciales que el creyente debe llevar a la práctica a través de tres niveles:

²⁵ Sura 11 “Heber”: 111.

²⁶ Sura 6 “Los ganados”: 59.

²⁷ El término *kitâb* es polisémico y tiene diferentes acepciones en el discurso coránico. Con él, Allâh hace referencia a las Escrituras reveladas, al registro de las acciones humanas, al Libro donde ha establecido los cánones por los que se rige la creación... así como otros significados.

²⁸ Sura 17 “El viaje nocturno”: 13 – 14.

- La relación con su Señor
- La relación con las personas
- La relación consigo mismo.

Démonos cuenta, igualmente, que la práctica del *din* en estos tres planos tiene relación directa con tres dimensiones fundamentales del ser humano:

- La espiritualidad
- La ética
- El desarrollo personal

Lo primero que hizo Luqmân fue hablar a su hijo sobre la puesta en práctica del derecho que Allâh tenía sobre él. Y, en este caso, le habló de la zalá u oración ritual prescrita. No sólo le instó a hacerla por ser un deber para con su Señor, sino porque, sobre todo, la zalá representa el ejercicio espiritual por antonomasia en el *din* y que más beneficio y provecho aporta. Por lo tanto, su establecimiento es fundamental para el desarrollo espiritual de todo creyente.

Tras la zalá, Luqmân citó un principio fundamental que representa uno de los pilares éticos más importantes para la salvaguarda de los derechos de las personas: ordenar lo que está bien y prohibir lo que está mal. Lo que la legislación busca con la instauración de este principio, es que el creyente sea un agente diligente en la activación de una serie de valores universales en provecho de toda la sociedad, como la justicia, la verdad, cumplir con la palabra contraída, el respeto...; y, por otro lado, le insta a que no permita la práctica de actos perniciosos o dañinos para las personas, como la injusticia, la mentira, el odio, el hurto, la agresión, la violencia, el insulto, el racismo, la xenofobia... Cuando el creyente aplica este

principio, ayuda a proteger estos valores reconocidos y considerados por todas las personas, –independientemente a su confesión, creencia o ideología– evitando, así, el corrompimiento de la sociedad e impidiendo que los derechos que Allâh ha otorgado a todo individuo sean vulnerados o transgredidos.

Y, por último, Luqmân exhortó a su hijo a ser paciente frente a los sucesos que se dan en la vida, pues la paciencia es una de las cualidades más importantes que el creyente debe adoptar. Allâh –ensalzado sea– nos pide, en multitud de aleyas, ser pacientes en todo momento y nos recuerda cuál es la recompensa de aquellos cuyo carácter se rige por esta cualidad:

- ﴿ Quienes sean pacientes y obren bien, obtendrán perdón y una gran recompensa. ﴾²⁹

- ﴿ ¡Y ten paciencia! Ciertamente, Allâh no deja de remunerar a quienes hacen el bien. ﴾³⁰

- ﴿ A los que tengan paciencia les retribuiremos con arreglo a sus obras más excelentes. ﴾³¹

Tras la exposición de estos tres puntales en el desarrollo de la persona, Luqmân habló a su hijo sobre el comportamiento, el buen carácter y los modales. Se podría pensar que se trata de asuntos triviales y sin mayor importancia. Sin embargo, estas actitudes hacen de quien las pone en práctica dos cosas: una persona educada y elegante en sus formas; así como alguien querido y respetado por todos

²⁹ Sura 11 “Heber”: 11.

³⁰ Ibid. 115.

³¹ Sura 16 “Las abejas”: 96.

aquellos que le rodean y tratan con él. Los tres consejos que Luqmân dio a su hijo fueron los siguientes:

- No poner mala cara a la gente
- No andar con altivez
- Hablar con voz tranquila y moderada

¡Ojalá pusiésemos en práctica estas enseñanzas! Todo cuanto Luqmân transmitió con cariño a su hijo se puede contar con los dedos de las manos. Desgraciadamente, son muchas las situaciones en las que preferimos seguir los impulsos de nuestro ego y, en vez de actuar del modo que nos pide el Islam, nos mostramos arrogantes, insolentes, maleducados y muy lejos de una actitud ejemplar. Cuando anteponemos nuestras pasiones y deseos a las instrucciones de nuestro Señor es, entonces, cuando no sólo somos nosotros quienes salimos perdiendo, sino, también, el *din* al que decimos pertenecer.

➤ EL TRATO A LOS PADRES

El presente relato de Luqmân nos enseña la importancia de la consideración, el respeto y la obediencia para con la madre y el padre. En este punto, concretamente, tenemos que reflexionar sobre la inclusión que Allâh hace respecto al trato que debemos a nuestros padres y el derecho que Allâh, como dios Uno y Único, se merece, en caso de que se nos presente alguna situación en la que se dé un conflicto de obediencias. Démonos cuenta que, tal y como nos cita el propio Corán en otra sura, Allâh nos habla en una misma aleya sobre un magnánimo principio establecido por Él: ﴿ Tu Señor dictaminó que no le sirvierais sino a Él y que tratareis excelentemente a

vuestros padres} ³². Nuestros sabios indican que, el hecho de que Allâh cite en una misma aleya el haber decretado adorarle únicamente a Él y el buen trato que debemos tener con nuestros progenitores, es una prueba del rango tan excelso y considerable que Allâh les ha otorgado.

Fijémonos cómo Allâh inserta una serie de aleyas en el diálogo entre Luqmân y su hijo que hacen referencia al trato que debemos dispensar a nuestros padres: { Hemos ordenado a la persona [el buen trato] a sus padres }. Ésta, es la sentencia genérica que el Altísimo nos ha ordenado. A posteriori, el Corán hace mención especial a nuestra madre: { Su madre le llevó sufriendo, debilidad tras debilidad, y le destetó a los dos años }. En este caso, Allâh nos habla de un período en el que la madre –a pesar de su deseo de tener a su niño y del amor tan profundo que siente en su corazón hacia él– sufrió y padeció con el embarazo, los vómitos, el malestar físico general... y, en la llegada del nacimiento, tuvo que aguantar los fuertes dolores de las contracciones y el parto. Tras ello, vinieron los cuidados que su bebé requirió en todo momento para estar bien atendido, pues no hubo un solo minuto en que la madre y el padre no estuviesen al tanto de las necesidades de su pequeño. Percatémonos que el Corán nos habla del tiempo de gestación, del embarazo y la etapa de lactancia. Estamos hablando, pues, de un periodo de casi tres años de entrega y dedicación absoluta al cuidado de una criatura, con todo lo que ello conlleva: noches en vela, cansancio, cuidados, fatigas, atención... Es por ello por lo que el Corán concluye estas aleyas haciendo referencia al agradecimiento: { Sé agradecido conmigo y con tus padres, pues el retorno os llevará a Mí }. Es decir, cumple para conmigo y compórtate de la mejor manera con tus padres –sobre todo con tu madre–, pues Yo te he dado la existencia y te he creado, pero Yo he sido quien ha dispuesto en su esencia

³² Sura 17 “La caverna”: 23.

primigenia el sentimiento de amor profundo de protección y, por ello, ellos te han cuidado, se han desvivido por ti y te han ofrecido todo lo mejor que estaba al alcance de sus manos. Allâh es quien ha hecho que tu padre y tu madre se dedicasen por completo a ti en cuerpo y alma. Así pues, sé agradecido con ambos.

Sin embargo, a pesar de esta evidente y clara sentencia divina, puede darse la situación en la que nuestros padres nos insten a realizar algún acto contrario a las enseñanzas del Islam de manera evidente o que no sea de la complacencia de nuestro Señor. En este caso en concreto, no podemos obedecer a nuestros padres, sino que debemos someternos a la voluntad de Allâh: ﴿ Pero si te insisten en que Me asocies aquello de lo que no tienes conocimiento, no les obedezcas ﴾.

Así pues, la norma general que nuestro Señor nos ha impuesto, es que nos comportemos con nuestros padres de la manera más exquisita y les obedezcamos en todo cuanto nos manden, siempre que, como ya hemos visto, no nos ordenen realizar alguna acción que contradiga una norma del Islam: ﴿ En esta vida pórtate amablemente con ellos y toma la senda de quien retorna a Mí. Luego, volveréis a Mí y ya os informaré de lo que hacíais ﴾. Pero, sobre todo, debemos ser agradecidos con ellos de corazón y manifestárselo con nuestra atención y cuidado, pues por muchos años que pasen, ellos siempre serán nuestros padres y seguirán queriendo lo mejor para nosotros, pues nosotros siempre seremos sus hijos.

Con respecto a la obediencia, existe una regla jurídica que dice lo siguiente: “No se debe obedecer a ninguna criatura si ello implica la desobediencia al Creador” (*lâ tâ‘ata limajlûq fî ma‘siyatiljâliq*) (لَا طَاعَةَ لِمَخْلُوقٍ فِي مَعْصِيَةِ الْخَالِقِ). Es decir, si una persona nos da una orden para realizar un acto que suponga desobedecer a Allâh, entonces, debemos desatender su

petición y no hacerla. Este principio –como regla que es– recoge un sentido genérico. Imaginemos el siguiente supuesto. Si uno de nuestros padres se encuentra en el paro, tiene todo el derecho de pedirnos que le ayudemos a encontrar un trabajo. No sólo le obedeceremos por imperativo de la propia sharía, sino que, además, lo haremos con todo el amor del mundo. Sin embargo, si nos mandase robar u otro acto semejante, entonces, no estamos obligados a obedecerles y, en este caso, no estaríamos menoscabando para nada la obediencia que debemos tener hacia ellos.

➤ EL VERDADERO FIN DEL SER HUMANO EN ESTE MUNDO

Allâh nos transmite por medio de Su Revelación, que ha creado al ser humano para que desempeñe dos tareas fundamentales: servir a su Señor y ser su regente en este mundo.

El Sagrado Corán nos muestra cómo Luqmân enseñó a su hijo las líneas maestras que todo creyente debe saber en su vida respecto a su relación con Allâh y con el resto de sus congéneres humanos. Lo más seguro es que Luqmân transmitiera muchas más cosas a su hijo. Sin embargo, lo que Allâh quiere recordarnos en Su Escritura es, sin duda, aspectos de calado en los que quiere que reflexionemos.

Si meditamos en las enseñanzas de Luqmân, nos daremos cuenta que él trató de despertar en su hijo una visión trascendente de la vida. En muchas ocasiones pensamos que los niños no están capacitados para comprender ciertos aspectos del Islam relacionados con la dimensión espiritual. ¡Craso error! El Islam es un *din* sencillo, tanto en su creencia como en su praxis. Por lo tanto, no se trata de una cuestión de contenido,

sino de forma. El quid de la cuestión radica en saber hacer llegar a nuestros hijos el mensaje de modo que ellos puedan entender los conceptos más profundos del *din*. Los niños ostentan esa capacidad, pues disfrutan, en gran medida, de las cualidades innatas que les ofrece su esencia primigenia (*fitrah*) (فِطْرَة). Ello les permite concebir aspectos del *din* que, en apariencia, podrían ser difíciles de entender. Igualmente, Allâh ha hecho que los principios del Islam sean accesibles para todas las personas. Si los niños no llegan a comprender mucho de lo que nosotros les hacemos llegar, no es por el contenido, sino por la forma o el método que utilizamos para dicho fin.

¿En cuántas ocasiones nos hemos sorprendido por alguna afirmación profunda relacionada con el *din* realizada por un niño? Son tan lógicas y aplastantes las aseveraciones que, en ocasiones, algunos niños hacen respecto a ciertos asuntos relacionados con los conceptos del *din*, que nos quedamos absortos y sin palabras ante la verdad que ha salido de sus bocas. ¿Acaso se puede pensar que han adquirido un conocimiento especial y, gracias a él, han emitido esa sentencia con la que nos han dejado boquiabiertos? No, para nada. Tales afirmaciones suelen surgir de los propios planteamientos que su esencia primigenia le sugiere. Por lo tanto, pensar que los niños no están preparados para entender asuntos trascendentes no sólo es un gran error, sino que, además, pone en evidencia nuestra propia incapacidad. Lo que un niño nunca entenderá son teorías retorcidas que, en muchas ocasiones, ni nosotros mismos somos capaces de asimilar. Somos nosotros quienes, con nuestro lenguaje, complicamos sobremanera las cosas más sencillas. Cualquier niño, con su poco conocimiento y dominio del lenguaje, es capaz de estructurar una sentencia lógica-espiritual totalmente válida, pues esos sentimientos innatos de su esencia interna tienen un origen divino; por lo tanto, nunca

se contradecirá con lo manifestado en la Revelación del Altísimo.

Una vez comprendido este punto, debemos ser conscientes de la necesidad de desarrollar la dimensión espiritual de nuestros hijos, pues, aunque su esencia primigenia ostente una alta pureza, deben ser educados con los principios del Islam y, así, esa esencia se mantenga en su cauce natural. La formación de nuestros hijos no debe limitarse a una mera transmisión de información, sino en educarles en la dimensión espiritual, utilizando un lenguaje sencillo y capaz de abarcar los fundamentos más importantes que toda persona necesita para comprender correctamente el *din*.

La educación espiritual es imprescindible e indefectible, pues, ante todo, la persona debe y necesita conocerse a sí misma, para, a posteriori, conocer a su Señor y poder entablar con Él una relación profunda y sincera. Así, todo cuanto el niño vaya aprendiendo sobre su *din* no será un mero conjunto de datos que pueda ir acumulando en su cerebro, sino directrices fidedignas y necesarias para poder ir modelando su dimensión espiritual y comenzar a forjar la relación que el espíritu desea y anhela mantener con su Creador, con su Originador.

A este respecto, me gustaría realizar un análisis sobre la educación que nuestros hijos reciben. Muchos de los planes educativos –influidos en gran parte por el sistema económico preponderante a nivel global–, buscan, en gran medida, que los niños adquieran una formación académica que pueda garantizarles un trabajo estable en su futuro laboral o concederles las herramientas cognitivas suficientes como para que puedan buscarse la vida por sí mismos. Ello, *per se*, no es malo, pues todos, de un modo u otro, deseamos lo mismo para nuestros hijos. Sin embargo, cuando no se tiene un sentido trascendente de la existencia ni se considera al ser humano

como el paradigma por y para el cual ha sido dispuesto este mundo –tal y como nos enseña Allâh en Su mensaje–, entonces, todo acaba siendo imbuido por la potente centrifugación de lo material y lo superficial. Este hecho provoca, irremediablemente, un rechazo sistemático –tanto a nivel individual como colectivo– de cualquier visión espiritual de la vida. Consecuentemente, la mera subsistencia material deviene el fin de nuestra existencia, haciendo que el ser humano se convierta en un animal que, como los demás, crece, se alimenta, se aparea, se reproduce y muere.

A pesar de que muchas sociedades son capaces de ofrecer a sus ciudadanos los medios que, prácticamente, satisfacen todas sus necesidades materiales, tanto las básicas como las superfluas –de un modo exponencial y que, en muchas ocasiones, se podría calificar como impúdico–, surge del interior de las personas un sentimiento que no ha sido saciado y que interpela al ser humano reivindicando su lugar. La misma esencia primigenia es la que hace sentir a la persona que el fin de su existencia no se limita únicamente a acaparar productos industriales, sino que es un ser que está por encima del resto de las criaturas de este mundo, no porque haya dejado de trepar por los árboles –como opinan algunos–, sino porque ostenta multitud de capacidades que le distinguen de los otros animales. Desgraciadamente, mucha gente no sólo no sabe cómo utilizar dichas capacidades y para qué sirven, sino que, además, la mayoría ignora que las tiene.

Son innumerables las evidencias que prueban que existe un ente, el ser humano, que no se asemeja a ningún otro animal y que se diferencia de cualquier otra criatura por sus capacidades cognitivas mentales, emocionales y espirituales, y que sobrepasan, de manera exponencial, la del resto de animales. El ser humano, pues, es capaz de avanzar desde un punto de vista material y, sobre todo, ostenta capacidades para

ingresar y transitar por una dimensión que trasciende lo material: la espiritual. Ello no significa que la dimensión material sea inferior o que haya que desecharla, pues la propia espiritualidad es la que capacita a la persona para que sepa tratar con la materia y, sobre todo, aprenda a leer a través de ella la belleza divina que hay en ella y de la que procede.

Desgraciadamente, la persona que únicamente ostenta una visión material de la creación acaba siendo infeliz, pues reduce su existencia a lo que no va más allá de sus narices y, además, niega cualquier otra vida: ﴿ Y dicen: «No hay más vida que ésta, la que tenemos en este mundo. Morimos y vivimos, y nada sino la el tiempo nos hará perecer». Pero no tienen ningún conocimiento sobre esto; no hacen sino conjeturar ﴾³³. Esta actitud es tremendamente lastimosa y descorazonadora, pues la persona que piensa así se acaba ahogando en el pozo de las tinieblas y renuncia a desarrollar aquella parte que hace de ella un ser humano completo. Sólo con un desarrollo espiritual correcto y amplio podemos obtener –con el permiso del Creador– la clarividencia (*baṣīrah*) (بَصِيرَةٌ) necesaria que nos otorga la capacidad de percibir la esencia trascendente que existe en la misma materia.

Allâh ha creado al ser humano con un fin muy concreto y le ha dispuesto en este mundo para probarle. Una de esas pruebas consiste en examinarnos con el sustento: cómo lo adquirimos y en qué lo gastamos. Sin embargo, nuestro objetivo no es supervivir, sino servir y adorar a nuestro Señor. No cabe duda, pues, que la concepción de la vida que el creyente musulmán tiene –o debería tener– es mucho más elevada que el de aquellos que no conciben que su vida tenga algún fin que dé sentido a su existencia. Esta posición, empero, no significa que la persona tenga que renunciar a disfrutar de

³³ Sura 45 “La arrodillada”: 24.

los placeres y las cosas buenas de este mundo –incluso los materiales– que Allâh ha establecido en ella, pues representan una dádiva concedida por Él: ﴿ Di: «¿Quién ha declarado ilícito los adornos que Allâh ha producido para Sus siervos y las cosas buenas del sustento?». Di: «Esto es para los creyentes mientras vivan en este mundo; pero, en particular, para el día del Levantamiento» ﴾³⁴.

³⁴ Sura 7 “Las atalayas”: 32.